

SOLEMNE APERTURA

DE LA

UNIVERSIDAD LITERARIA

DE

BARCELONA

Verificada el día primero de noviembre
de 1845.

BARCELONA :

IMPRESA DE TOMAS GORCHS, PLAZUELA DE LAS BEATAS Nº 2.

1845

COLLEGE ALPHABET

UNIVERSITY LIBRARY

BRISTOL

1881

1881

1881

1881

1881

ORACION INAUGURAL

leída por el licenciado

DON MANUEL MILÁ Y FONTANALS

*Sustituto que ha sido de Literatura,
y actualmente
de Perfeccion del latín.*



ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Si hubiese consideracion bastante á acrecentar la natural desconfianza con que tomo la palabra delante de un auditorio por tantos títulos digno de respeto, seria la de que se inaugura en el presente acto, nó una simple apertura de curso tan solo, sino una nueva época para la profesion de las ciencias y de las artes liberales. Tal debe ser en verdad el efecto de las supremas disposiciones que tienden á dar á los

buenos estudios la unidad y el enlace que entre nosotros les faltaban, y que con modificaciones mas ó menos esenciales han reformado los diferentes ramos que los componen. Ellas devuelven á la Escuela, tomando esta palabra en la significacion mas lata y mas honrosa, el prestigio que se le debe y que es necesaria condicion de su existencia, la importancia que las facultades de nuestra mente en ella ejercitadas, las altas materias que abraza y los efectos por ella producidos en la humana sociedad, merecen y reclaman.

Los estudios de los diversos aspectos del universo físico y moral que en los pueblos nacientes ocuparon á uno ó á pocos varones elegidos por el cielo para guiar y adoctrinar á sus semejantes; que se separaron en seguida y se despidieron para pasar á diversas manos y ser estudiados con atencion esclusiva por diversas inteligencias, vuelven á hallarse sorprendidos en acorde union, multiplicados en progresion infinita, ensanchados hasta desconocidos límites, y nó como antes reducidos á prácticas inmediatamente dictadas por la naturaleza ó á un centon de aforismos de fácil recordacion, sino enriquecidos con variadas investigaciones y con portentosos inventos. Los conocimientos cuyo gérmen puso en el ánimo del hombre la mano del Hacedor, dándole que los fecundase con la observacion de sí propio y con las relaciones

que establecer debia con la naturaleza material en cuyo seno fué colocado, como en un futuro teatro de sus padeceres, de sus goces, de sus triunfos y de sus méritos: conocimientos encaminados á la conservacion de su existencia, al desenvolvimiento de sus potencias, á la contemplacion de las maravillas criadas, á la adoracion de su divino Autor, al goce de las armonías de su propia mente y de su corazon; conservados con religioso respeto y con transmision no interrumpida en manos de los patriarcas, encerrados por el Oriente debajo de cifras misteriosas, adivinados y embellecidos por la Grecia vivaz, propagados con el habla latina, acogidos en épocas tumultuosas á la sombra de los altares ó ensalzados en opulento alcázar árabe, aumentados durante los tres últimos siglos y difundidos por sendas aun no frecuentadas, fértiles en resultados ora nocivos, ora saludables, siempre grandiosos; acaban de recibir en nuestra España, como anteriormente en otros paises, paz y armonía y enlace bajo la proteccion del Estado. Al dársela el Gobierno de S. M., al reservarse su direccion moderada, salva á la ciencia de los vaivenes á que la esponen el capricho individual ó el mudable imperio de la moda: sálvala de los medios de osadía ó de escándalo con que el científico y el artista se esfuerzan en ocasiones en dar á sus obras curso público; forma un poder inmenso que influirá

en las ideas, en las opiniones y en los actos de las generaciones futuras; da cima á un sistema vasto é imponente que, si se evita el extremo de menospreciar los frutos del estudio y de la meditacion solitaria y las individuales creaciones del genio, debe dar creces al invisible imperio del pensamiento, hermanar las ciencias y las escuelas, aproximar sus puntos de contacto y deslindar sus esenciales límites, y proporcionar á cada una de ellas aquel cimiento y aquel apoyo que solo les granjean los estudios precedentes y ausiliares.

Ocasion oportuna seria la presente de manifestar en un cuadro general el objeto y los adelantos de todas ellas, avivar el noble orgullo que sus tareas inspiran, y sorprender la atencion con el mundo de ideas que el hombre ha criado. Ocasion seria de mostrar cuán de buen grado se ausilian y hermanan; cuánto, por ejemplo, el que estudia las diferentes propiedades de los cuerpos aprende del que los considera en sus abstractas relaciones con el espacio; el que debe juzgar del mérito de nuestras acciones y darles su sancion terrestre, del moralista que examina los elementos que operan en nuestro ánimo, ó del facultativo que indica los casos en que la voluntad deja de ser señora de los órganos; el que se consagra á aliviar las dolencias de nuestro cuerpo, del que vive en comunicacion con el amable pueblo de los vegetales; el que pretende

conmover por medio de la palabra, del grandioso espectáculo de la historia; el que la describe, del estudio de las importantes formas civiles que presiden en los pueblos al arreglo de la propiedad, á las nupcias y funerales, paces y coronaciones; y cuánto finalmente ganan todas estas disciplinas en ponerse bajo el abrigo de la Religion, en ser por ella santificadas y en beber de su fuente vivificadora. Podríase hablar tambien de aquella sabiduría esquisita y fundamental, hija del talento y hermana de la morigeracion y de la templanza de espíritu, que si bien prescinde á veces de las fórmulas que las ciencias adoptaron, pertenece á todas ellas, las abraza en su esencia y es de todas ellas la llave verdadera. Desprovisto empero de los conocimientos que para tal esposicion serian necesarios, animado hácia los varios saberes de un respeto que me veda tributarles vagos é insignificantes encomios, recordaré á este sabio auditorio algunas indicaciones sobre la *importancia del estudio de la literatura*, puesto que á él he dedicado mis fuerzas débiles, y que se me acaba de honrar encomendándome la enseñanza de una de sus ramificaciones.

Los resultados prácticos del conocimiento de las bellas letras como provechoso ausiliar para los demas estudios, demuéstroslos la reflexión y compruébalos todos los dias la experiencia.

Considerado el arte de decir como el de la simple emision de la idea, da fácil entrada á la meditacion sobre varias operaciones del espíritu. Como la palabra no es mas que el pensamiento comunicado, asi el pensamiento se reduce á la palabra no pronunciada, á la palabra pensada. Nó en diversas ocasiones ni con dones distintos nos concedió el Supremo Artífice la facultad de formar juicios y de formular oraciones, es decir, de marcar en el espíritu ó con los órganos orales la relacion ó dependencia entre dos objetos. Por manera, que solo cabe incongruencia ó disparidad entre la idea y su espresion por ignorancia de los signos convencionalmente adoptados en el que piensa, ó por abuso de los mismos en el que habla ó escribe.

Es de ahí que lo ambiguo ó vago del pensamiento trasciende inmediatamente á su espresion, y que la incuria ó inexactitud en la última deben mas ó menos tarde convertirse en descuido ó incorreccion en el pensar; que quien desconoce los recursos del arte de decir, carece del de desenvolver, de dar vida, de realizar sus ideas; y que si prescindimos de escepciones fáciles de explicar, lo que motejamos de mal escrito debe calificarse de mal, incompleta, ineficazmente pensado, y lo que efecto juzgamos de la bella espresion, débese las mas veces á ideas acertadas, observaciones conducentes, profundas reflexiones. Es de ahí tambien que las

naciones que mas han descollado en letras, en artes, en cultura, poseyerón un idioma copioso y fecundo en maneras y giros aptos á espresar las variadas modificaciones y graduaciones infinitas del pensamiento. Asi no nos estrañará que como iniciacion á los arcanos de este, prefieran algunos filósofos al utilísimo estudio de la geometría el profundo de la gramática, inspiradora, segun ellos, de una lógica mas amplia y flexible cual conviene á los negocios de la vida y á las consideraciones morales: el estudio de las variadas formas de la oracion, donde, segun una escritora justamente célebre, son las palabras á la vez signos y objetos, cifras é imágenes.

Si de los principios de la gramática y de los primeros elementos retóricos con aquella tan íntimamente enlazados, pasamos mas adelante, no dejará de sorprendernos cuánto á hombres estudiosos y dados á investigaciones útiles han dañado la falta de estudios literarios; el error en demasía vulgarizado de creer natural lo trivial é indigesto, sencillo lo comun y completo lo mal escogido; la carencia de aquel tino, de aquella cordura, de aquel discernimiento y buen gusto que solo se adquieren con el estudio de las obras maestras del ingenio humano, y que tan necesarias son al hallazgo, eleccion y buena disposicion de materiales. Aun bajo el solo aspecto de la claridad á que principalmente

aspiran y á que tan opuestas juzgan las llamadas flores de ingenio, no la consiguen ellos sino yerta y lánguida, en gran manera apartada de la verdadera perspicuidad, viva y penetrante, que pone en provechoso ejercicio nuestras facultades intelectuales y las fuerza á recibir profundas impresiones y luminosos principios.

Y no se diga que para adquirir tamañas ventajas basten los primeros rudimentos del arte de bien decir, y que como ocioso y vano solaz, deben dejarse á pocos las ulteriores investigaciones literarias. Cabalmente el que á aquellos rudimentos se atenga poseerá solo la letra muerta y desconocerá el espíritu de la literatura. Seria por otra parte apreciarla en su ínfimo valor, si no se la considerase como un arte, como una facultad independiente, enlazada, sí, con la moral y la historia, pero que tiene sus propios límites, posee un terreno aparte y ejerce su imperio privativo.

La mas exacta nocion que nos sea dado adquirir del significado de una palabra tan usada como mal definida, se hallará indagando qué calidad comun y razon de parentesco presentan las varias obras que caen bajo su jurisdiccion. La historia, destinada á recordar sucesos que tuvieron lugar en un momento de la vida de la humanidad, pero con circunstancias y ejemplos fecundos en enseñanzas para todos sus períodos;

las meditaciones filosóficas, especialmente las que dicen relacion al hombre moral; el sublime arte de la oratoria que dirige los pueblos, salva las instituciones, defiende la existencia y el honor de los buenos, y que ha ascendido á ejercer el alto ministerio de conturbar las conciencias dañadas para introducir en ellas la paz del Señor, son los géneros principales que se comprenden en la enseñanza de la elocuencia. Y á la literatura pertenecen no solo por el exterior vestido de la palabra, sino tambien por la parte simpática y arrobadora que entrañan, por el ardor interno que las anima y que es ley obligatoria de su grandeza. *Ardor amoris*, segun Ciceron, *sine quo quum in vitá, tum in eloquentiâ nihil magnum effici potest*. Entusiasmo que en el género literario por escelencia, en la poesía que los antiguos llamaron acertadamente una elocuencia mas santa y encumbrada, *augustior sanctiorque eloquentia*, es nó ya una parte intrínseca y necesaria, sino la esencia, el todo; nó un medio para la consecucion de fines ulteriores, sino el objeto de sí mismo y la esfera de sus propias operaciones. Y aun si queremos dar á aquella palabra la estension debida, veremos pertenecerle de derecho cuanto semejante en sus efectos á los de la literatura producen las bellas artes por medio de sus particulares lenguajes : quanto dicen al alma á traves de su velo de colores, de sonidos ó de mármoles.

Este afecto que domina al poeta, al orador y al artista, inspira sus composiciones, preside en su ejecucion y debe ser su resultado; afecto nacido en un corazon fácilmente sensible á todo lo grande, noble y generoso, ó profundamente impregnado de una propension importante, en una fantasía inventiva que abraza todos los aspectos grandiosos y halagüenos de la naturaleza y que por medio de ella busca un *mas allá*, un órden de séres mas bello y maravilloso; ausiliado y servido por una inteligencia sagaz que estrae y profundiza la esencia de las cosas y sorprende los secretos del corazon humano, y por una memoria cuerdamente enriquecida con observaciones, hechos y estudios; este afecto de ternura, esperanza, terror ó embeleso se dirige á una parte importante de nuestro sér, á una facultad estensa y poderosa, á la facultad de percibir lo bello. Ora se la considere como el ejercicio de un solo órgano, de un sentido distinto y especial, ora como el compuesto de nuestras inclinaciones mas acendradas, mas puras y desinteresadas, no podrá desconocerse que las obras que ha inspirado contienen el trasunto idealizado de nuestra existencia, su ensueño vivo y significativo, el aroma de sus sentimientos y el recuerdo de sus épocas capitales.

La memoria de la cuna, frágil batel amagado ya por las tempestades del infortunio; la de la pureza de la infancia y de los breves dias de su

felicidad; la del encanto de las juveniles ilusiones ; ¡ay! bien pronto marchitadas; la de los dulces y santos vínculos que se forman bajo el techo paterno; la del cayado que el señor de la familia coloca en las manos del adulto á quien debe sostener durante su peregrinacion sobre la tierra; la de los primeros acentos de una pasion pura que lleva al hombre al indisoluble enlace, base y ornato de la sociedad civil, en que halla él la satisfaccion de los vagos é íntimos deseos de su alma y una especie de consagracion de sus trabajos; la de la lucha del ánimo que aspira á la virtud con los objetos esternos y con las propias inclinaciones interiores que á ella se oponen; la del respetable imperio de la ancianidad y de la esperiencia; la de las sombras dibujadas por las gasas del lecho funeral; la triste dulzura de los recuerdos y los halagos siempre renacientes de la esperanza; el vacío que siente el alma en medio del ruido y de la vanidad del mundo y que le avisan que no es este su centro; los dolores que por su inmensidad arguyen la del espíritu que los concibe; el amor á la naturaleza visible que se nos presenta no solo como satisfaccion á las necesidades físicas, sino como cuadro general de movimiento, armonía y belleza; la tendencia á lo infinito que buscamos vanamente á traves de los objetos de esta vida, para nosotros tan cara; hasta el levantamiento sobre estos mismos objetos y á

la contemplacion del Orígen de los entes y del Principio de la vida... tales son las ideas dominantes en las grandes literaturas, los elementos que las constituyen, las voces de dolor y los cantos de ventura que nos transmiten. Todo ello encuentra en la poesía su mas bella espresion, su aparicion mas natural, sus mas significativos símbolos. Y aunque es verdad que en las varias literaturas se oyen acá y allá los gritos de una pasion individual, de una alma solitaria, de una Safo ó un Alceo; todavía el carácter general de cada una es el del pueblo que la ha producido, y forma ella algo que á este pertenece, algo privativo suyo, pero que al mismo tiempo le es superior.

El que estudia el hombre interior ó el extranjero, el moralista ó el historiador hallará en las obras literarias el mejor legado que nos transmitieron los pueblos fenecidos; y si llega á reconocer que nada perdieron un Dante ó un Shakspeare en mirar la humana criatura á la luz del entusiasmo y de la fantasía, y nó de una manera real y ordinaria sino ideal y típica, si encuentra en sus variadas esposiciones de la vida las mas animadas escenas de ira, de orgullo, de zelos y de remordimientos, y de paz, de amor y de beatitud, mas admirará todavía los pocos y tal vez groseros monumentos que no reconocen autor, que fueron lentamente elaborados por la imaginacion de un pueblo entero,

y que contienen la mas íntima revelacion de su espíritu, de sus maneras y de su género de existencia. Débanse á la momentánea inspiracion del poeta ó á un sentimiento cualquiera cobijado en el seno de muchas generaciones, ofrecen las grandes obras artísticas, en medio de su libre tendencia á lo maravilloso, una verdad intrínseca, una profundidad de miras á que no siempre ha alcanzado el raciocinio.

Pasemos los ojos por la historia, y varios de sus hechos singulares tal vez y poco atendidos se convertirán en fenómenos naturales bien que interesantes producidos por el afecto de lo bello. Desde luego y entre mil oscuros y monstruosos mitos daremos con las tradiciones del mundo primitivo que bajo geroglíficos diversos nos recuerdan una primera y feliz edad, la caída del hombre, la loca rebeldía de las fuerzas terrestres, su lucha con el cielo y su vencimiento; rayos de verdad vistos entre nubes de supersticion é ignorancia, que solo disipó la revelacion en los anales de un pueblo privilegiado. Veremos mas tarde á la ingeniosa antigüedad personificar sus instintos acerca del poder de la conciencia, de las penas venideras y de lo vacío de nuestros afanes, en las Euménides, en Sísifo, Ixion y Tántalo, mientras engrandece la memoria de los primeros promovedores de la civilizacion, héroes á quienes el cielo concedió el amor

y la fuerza, domadores de monstruos y conductores de los pueblos.

De estos primitivos y escondidos manantiales bebió Homero padre de los poetas y el mas patriótico y popular que entre ellos ha existido. Pintor de aquella época heroica, que llamarse puede la aurora de las naciones, no le cupo en suerte retratar los caudillos de una oscura raza guerrera, sino los predecesores de un pueblo riquísimamente dotado, y elegido para depósito de la cultura oriental y para cuna de la europea. Deben los poemas de Homero considerarse como el primero y mas importante monumento del genio helénico y como los maestros nó de los vates tan solo, sino de los legisladores, oradores é historiadores de la Grecia. Y á esta poética influencia débese en parte el carácter agraciado y armónico que adquirió la cultura de aquel pueblo singular, único en las páginas de la historia.

Allí la poesía formó á su capricho lo pasado, la belleza se sentó sobre los altares, y la voz de un hombre elocuente decidia de los negocios públicos. Allí los imperantes prescribían leyes á la música, á la danza y á los juegos públicos; las líneas de una arquitectura purísima interceptaban el limpio azul de los cielos, poblaban las ciudades millares de estatuas que el escultor temia que se asemejasen demasiadamente al hombre, y numerábanse los capítulos de la his-

toria con los apellidos de las nueve Musas. Allí platicaban los filósofos en las frescas calles de un jardín, esplicaban por medio de las leyes de la armonía los movimientos de las esferas, ó se elevaban con las alas de oro de la poesía á la contemplacion de las mas altas verdades que era dado presentir al humano ingenio.

Roma, discípula de Grecia, no la igualó en los dotes de creacion, ni del esquisito sentido de la belleza; pero la primitiva austeridad de sus costumbres, la severidad de sus temidas leyes, los grandes destinos á que fué llamada, dieron un sello particular á las obras de sus bellas artes. Aun en las de pública utilidad, en sus vias y acueductos, el alma altiva del romano se hubiera desdeñado de no dejar el aire de grandeza que respira en las lápidas y en los pergaminos que nos han transmitido su habla senatorial. Empleada la elocuencia en mas alto oficio que en la plaza de Atenas, se enseñorea de la suerte de la ciudad eterna y del orbe entero, y aparece en el foro semejante á una llama destructora ó fecunda. *Magna eloquentia, sicut flamma materiam alitur, et motibus excitatur, et urendo clarescit* (*). Al propio tiempo los anales romanos ocupados en trasladar las siniestras imágenes de Catilina y de Tiberio, recuerdan con respetuosa predileccion las tal vez semi-fabulosas figuras de Roma heroica, los Tulios, los Numas y los

(*) Tac, Dialog. de Orat.



Horacios, y dejan como rigurosa historia á la crédula posteridad, los que acaso no eran en su origen sino poemas con que aliviaban sus rústicos trabajos los primeros moradores de las Siete Colinas.

Mas ¿cómo el habla del Lacio, abandonando los modos saturninos y los lesbianos, se sujeta á recibir la grandiosa forma paralela del versículo hebraico, repite los cánticos triunfales que mandaron abrir las puertas sagradas del templo de Salomon, ó las querellas que suspiró el israelita á orillas de los rios de Babilonia? Es que aquellos cantares proféticos envolvian los destinos de la humanidad, y aquellos triunfos ó quejas de la Iglesia primitiva eran la figura de las glorias ó padeceres de la que recibió la ley de gracia. — Una nueva filosofía, una poesía nueva, una nueva y potentísima elocuencia vienen á ser la espresion de la idea y del sentimiento cristianos, los mas puros y eficaces que hayan dominado al hombre.

Estos acentos de paz no tardan en ser interrumpidos por los de mil legiones que vienen del septentrion: páranse los guerreros germanos, y apretando á sus labios los escudos, murmuran el sangriento y áspero bardito. Llamados á azotar y á renovar la tierra, dejan á sus descendientes las usanzas traídas de las selvas, borran á largos trechos las huellas impresas por la civilizacion antigua, transforman el

idioma y siembran los gérmenes de toda una literatura.

Los pueblos nacidos del caos de la época bárbara presentan de nuevo el cuadro de la vida heroica, y los Artús, Cárlos y Roldanes pasan á ser los Aquiles y Ayaces del mundo moderno. Sucesos grandiosos determinan una nueva cultura: viajan nuevos filósofos á regiones apartadas en busca de la sabiduría; convertida la arquitectura espiritualizada en espléndida manifestacion del pensamiento religioso, vístese la tierra, segun espresion de un contemporáneo, con el velo de blancas catedrales; el pincel devoto anima con angelicales imágenes los lienzos de Siena y de Florencia; los ensangrentados escudos se embellecen con los elegantes emblemas de la galantería y del honor, y la narracion épica se reviste de la hechicera forma de la balada.

Al llegar á la era en que desatada la razon humana invade asi sus propios dominios como los que no debiera recorrer sin guia, aparecen Rafael, Milton, Tasso y Calderon como guardianes de la sagrada llama del entusiasmo, en tanto que los legítimos representantes de aquel período intelectual, los Bacones, los Galileos y los Newton presentan en sus frentes pensadoras el sello de grandeza que conviene á varones eminentes. Vemos finalmente en nuestros días recobrar el instinto de la belleza sus primitivos derechos; resonar la cítara inspirada por el genio del cris-

tianismo, como auguradora de dias mas felices, en el primer momento en que la Francia descansa de sus pasadas agitaciones; encantar todas las regiones de la tierra las trovas del último bardo caledonio; restaurar la civilizacion el carácter magnífico que en el siglo xvi la adornaba; llegar el ingenio tudesco al de oro de su literatura; regenerarse las artes plásticas, y adquirir el de la música maravilloso desenvolvimiento, mientras torna á formar parte de la educacion primera y de las costumbres domésticas.

Bajo este punto de vista, si bien trascendental, único verdadero, nos aparecerá la literatura, nó ya como una simple manifestacion de la vida humana, sino como un agente poderoso, y hermanada no solo con aquella ciencia moral que examina las causas determinantes de nuestras acciones, sino tambien con el arte que indica é inculca los deberes. Vínculos estrechos la unen señaladamente con la parte de la virtud que escita y exalta, bien que nó en tanto grado, con la otra parte que prohíbe y limita. Lo bello y lo bueno, idénticos en su origen, mutuamente se predicen y reclaman no menos en los individuos que en las naciones. Eleva el primero el alma á regiones superiores á las que el interes y el egoismo dominan, ennoblece sus sentimientos, cultiva sus inclinaciones derechas, y dispónela á la gracia y á la elegancia moral. El ejercicio de todas las bellas artes que lo espres-

san demanda un santuario puro é incontaminado, un corazon exento de los venenosos hábitos del vicio, y la profunda serenidad de una conciencia acorde consigo misma. Guardémonos pues de extinguir esta hoguera de nobles y generosos afectos y de altas aspiraciones; y si á pocos es dado animarla y vivificarla, contentémonos los demas con reanimarnos á su puro calor, y con volver los cansados ojos á contemplar su esplendor suave.... ¡Encantos de la imaginacion! ¡Ilusiones de la inocencia! ¡Feliz el que os siente por la vez primera y sigue la senda que le indicais! ¡Feliz el que durante la carrera de su vida se reconoce digno de recordaros, y puede sentirnos de nuevo sin avergonzarse de sí mismo!

Permítaseme, Illmo. Sr., concluir aconsejando á los jóvenes el estudio de la literatura, ora se considere como el de la enunciacion de las ideas, ora como el del hombre moral, ó bien como un medio de avivar y embellecer el amor á la virtud. No se crea sin embargo que les presente el instinto de la belleza como guia única y siempre segura: persuadido de que su simple satisfaccion no basta á darnos la felicidad, y de que en nuestra flaqueza tomamos á menudo la voz de nuestros apetitos por la voz de lo bello, reconozco que la única, la infalible norma de las acciones se halla en las prescripciones del deber. — HE DICHO.